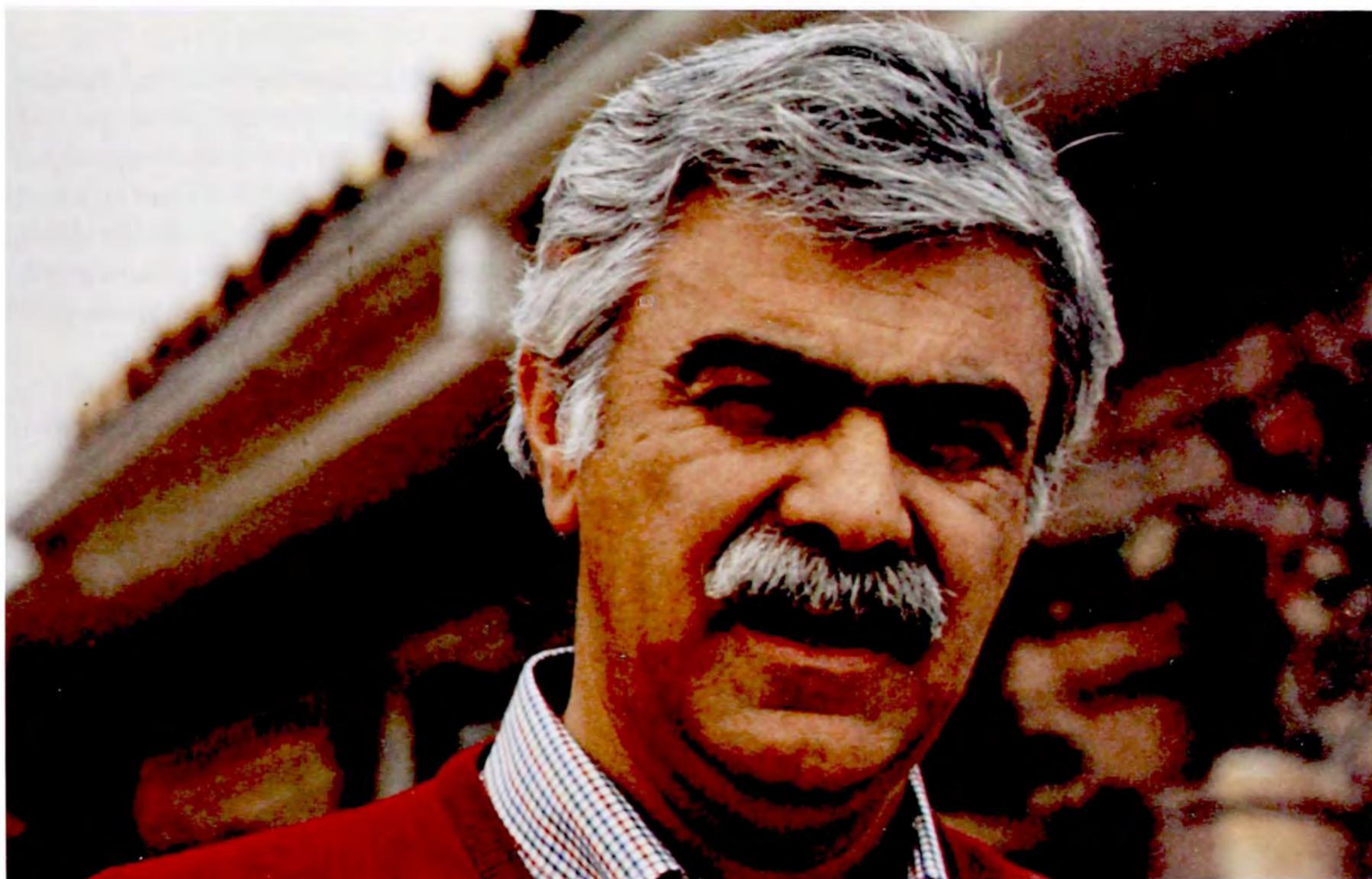




# Germán Castro Caycedo, del periodismo a la literatura

LUIS H. ARISTIZABAL Y MANOLO NIETO

Trabajo fotográfico: *Alberto Sierra Restrepo*



*Germán Castro Caycedo, 1990.*

**E**N UNA ENTREVISTA concedida a Bernardo Hoyos, el poeta Darío Jaramillo Agudelo declaraba que, después de García Márquez, el gran prosista colombiano era Germán Castro Caycedo, por su manejo del lenguaje y de los tiempos narrativos y por su capacidad para absorber por completo la atención del lector. ¿Sorprendente afirmación? Sí y no. Sí, si atendemos a que la crítica especializada pensaría en otros escritores, vale decir, literatos, dejando cómodamente sentado a Germán Castro, no en la categoría de los “escritores”, sino en la de los “periodistas”, dando por sentado que el periodismo no merece el enfoque literario, cosa que por demás parece sensata en la mayoría de los casos ante la bazofia de papel impreso que día a día se corrompe en la basura de los periódicos. Bien es cierto, vale recordarlo ahora, que Borges afirmaba que el periodismo es “literatura para el olvido”.

*Página anterior:  
en Zipaquirá, 1946, Germán Castro hace su primera comunión.*

*Y no es sorprendente la afirmación porque finalmente no existen motivos razonables para desechar a priori al periodista como autor de literatura; quizá sea el periodismo un género literario más. Se trata apenas de un prejuicio que puede ser rebatido, objetivamente, con la calidad intrínseca de la obra literaria del periodista. En el caso de Germán Castro reluce la calidad del escritor. Sus libros se dejan leer sin ningún esfuerzo, fluyen rápidamente, invitando al lector a agotarlos en un instante. La afirmación del poeta, que para algunos pudiera ser un despropósito, adquiere entonces fuerza y validez plenas.*

*Es por eso que intentaremos examinar, a la luz del propio Germán Castro Caycedo, en qué consiste eso que queríamos llamar literatura y que él, modestamente, quiere llamar "periodismo desbordado".*

*Germán Castro Caycedo es un hombre elemental, sencillo, modesto, trabajador. Viaja constantemente. Si su trato es siempre grato y fácil, no es tan fácil llegar a él físicamente, y la tarea se complica cuando se trata de entrevistar al mejor entrevistador del país, sin ninguna experiencia previa en tan espinoso terreno. Nosotros, los pájaros, nos atrevimos a tirarles a las escopetas. Ellas, de acuerdo con el resultado, hicieron casi todo el trabajo. Lo primero que le preguntamos es: ¿cómo escribe Germán Castro Caycedo? ¿Cuál es su metodología de trabajo?*

— He hecho siete libros, siete reportajes extensos. Y uno tras otro y tras otro he ido completando, he ido descubriendo la metodología. Me la he ido inventando; eso puede estar inventado, pero me lo he ido inventando: En parte ese descubrimiento de esa metodología está en el país, en cómo es el país, eso me ha enseñado. Y segundo, es el esquema mental de uno, porque yo creo que en metodología no hay mucho escrito. Depende; es la manera de matar pulgas de cada uno. Entonces he llegado a los dos últimos libros, porque creo que ahí hay encerrado muchísimo. Yo les explico lo que he hecho en metodología:

El *Cachalandrán amarillo* es el séptimo libro publicado. Son cuentos populares de Colombia, pero, digamos, recreados, arreglados para que se puedan leer de corrido, respetando muchísimo, respetando a morir el argumento y el lenguaje del narrador.

— *¿Cosa que también ocurre en los libros anteriores?*

— En los anteriores libros arreglo en cuanto a ordenar la cronología, en cuanto a ordenar para que queden muy lógicos y muy concatenados los relatos, pero respeto el lenguaje. No solamente lo respeto; hago énfasis en que sea "muy como dijo la persona", porque el lenguaje es una manifestación cultural importantísima. A través del lenguaje está el clima, está la región, en dos palabras, está, además de la cultura, además del hábitat en que está el personaje, su manera de ser, y eso a morir lo respeto. Ordeno en *El Karina*, en *Mi alma se la dejo al diablo*. En *El Karina* no hay más de cuarenta o sesenta líneas más.

— *Sin embargo, el lenguaje parece mejorado en muchos casos.*

— El lenguaje está mejorado en el sentido de eliminar palabras repetidas, en ordenar, desde luego, en darles lógica a los tiempos de los verbos, y eliminar digresiones. Muchísima digresión hay que eliminar. Eso es periodismo y debe ser literatura. Es eliminar subtemas, eliminar digresiones para que quede un

relato lineal, con lógica, para que me quede como una película rusa: primero el nacimiento y después la infancia y después la juventud y después la vejez...

Libro tras libro he ido encontrando la metodología que me ha enseñado el país y encontrando lo que mi manera de ser me dice, el *know-how*, que es cómo matar pulgas, la traducción, ¿no?

— *¿Y mirando esos siete libros en ese orden, no lo han ido llevando también a algo más literario?*

— Sí, claro, lógico, pero entonces la literatura no se la suelto a la máquina de escribir sino al trabajo de campo. Por ejemplo, a ver, Jaime Arenas Reyes, cuando le hice su entrevista. Era muy extensa, fue el primer reportaje grande que hice en mi vida. Encontré que no podía hacer dos sesiones de entrevistas, ni tres, sino que tenía que hacer más. Cuando ya tenía toda la entrevista, lo que se creía que era en bruto la entrevista, la leí, la transcribí, y le vi necesidades que, digamos, son literarias: ¿Cómo era el día del fusilamiento? ¿Qué vio? ¿Hacía calor? ¿Qué color tenían las nubes? ¿Junto a qué fueron fusiladas las personas? ¿Cómo era ese árbol, exactamente, dígame cómo es el nombre del árbol, cómo son las flores del árbol, a qué huele ese árbol? Entonces lo ponía.

— *¿Eso viene de dónde? ¿Eso viene de influencias literarias, digamos, de haber leído a grandes periodistas?*

— Desde luego. Hemingway. Truman Capote, que no fue periodista. De él me robé un poco de estructura. Pero tomé mucho de grandísimos periodistas colombianos: Germán Pinzón, Leopoldo Pinzón, Camilo López...

— *¿Marco Tulio Rodríguez...?*

— He nombrado a menudo a Marco Tulio Rodríguez. En el manejo del tiempo es maestro Marco Tulio Rodríguez. En cuanto a escenarios... un maestro no solamente en la escogencia de los lugares y de las situaciones y de la cultura, pues recorrió el país y llegó a municipios olvidados. Igualmente el gran maestro del monólogo en Colombia, periodista, Camilo López, y exactamente un reportaje. En 1959, iba para el colegio. Compré El Tiempo. Estaba lloviendo, a las dos de la tarde, y me puse a leer un reportaje de Camilo López... y no fui al colegio. Me quedé ahí parado, en la esquina de una droguería, junto al Tout Va Bien, en la calle setenta y dos, y ahí me lo leí dos veces o tres. Era un accidente de un avión que volaba de Neiva a Florencia, y en el Cañón de las Animas se cayó; era un avión de Tao, y hubo un sobreviviente, que es un personaje muy famoso de Neiva que se llama Atala Tapiche, y don Atala, un narrador de miedo, narrando punto por punto toda la vivencia del accidente, y Camilo un periodista del otro mundo, entonces logró su lenguaje, logró las flores, logró las nubes, logró manejar el tiempo de una noche muy larga, la del accidente. Tras la tercera vez que yo leí eso, vi que Camilo le había quitado todas las preguntas y le había dejado un monólogo y vi que Camilo López había sido casi cruel, presionando a morir para que le diera hasta el color de las medias que llevaba ese día. Y ahí empecé a aprender lo que hago ahora.

— *¿Cuántos años tenía usted?*

— Yo tenía diecinueve años. Ya llevaba, creo, seis años con periódico propio, en mimeógrafo y todo eso...

— *Ese cuidado en el relato suena un poco a literatura francesa del siglo pasado. Flaubert, Maupassant. ¿Hay algo de eso?*

— Sí, claro. El naturalismo. Pero es que el naturalismo no me llegó porque yo lo haya buscado, sino a través de Leopoldo Pinzón, de Germán Pinzón, de todos ellos. Ellos lo hicieron y luego yo lo redescubrí, porque no hablé con ellos. Es decir, para mí la gran reportería colombiana nació en la década del cincuenta en *El Espectador*, con estos señores y, desde luego, con García Márquez. Pero es que ellos habían tenido esa gran influencia del naturalismo. Yo aprendí de ellos, me copié de ellos, lo digo con pudor, recogí la enorme tradición periodística nuestra, y de golpe leí por segunda vez *Madame Bovary* y dije: ¡Caray, aquí estaba Leopoldo! Entonces ya empecé, me fui para atrás y cogí desde Romain Rolland, con *Juan Cristóbal*, para acá. Ese fue el testimonio del gran periodismo. Después me encontré con Bartolomé de las Casas, ¡Ahí todo está revuelto! ¡Qué cronista tan extraordinario! Lo estoy leyendo por segunda vez.

— *¿Otros cronistas de Indias?*

— Fernández de Oviedo, Pietro Martyr, López de Gómara, Pigafetta, Alexander Exquemelin, Fray Pedro Simón, Fray Tomás Ortiz, Fray Antonio Velásquez, Diario Cristóbal Colón, Cartas de Américo Vespucio, Hernando Colón... bueno, es que la lista... Volví a leerme a Daniel Defoe; tiene historias de piratas, muy buenas. Claro, escribió en el siglo XVIII, pero me da rabia con él ahora, porque a mi gusto es muy egoísta con el lector. Le niega muchas cosas. Es que desde niño yo leía y decía: ¿Por qué me niegan esto? Entonces por eso pongo tanto énfasis en abundar en detalles, en información...



*Como colaborador de la revista Reportero Gráfico, en 1967.*

— *¿El Diario del año de la peste?*

— Sí, claro. Después fue Camus...

— *Defoe empezó a escribir como a los sesenta años.*

— Es impresionante. Además, todo lo que escribió, ¿no?

— *Continuemos con sus maestros...*

— Otro de mis grandes maestros fue don Hernando Santos Castillo. Dentro de su concepción periodística, que me parece que es la correcta —hablo de reportería—, no le pone mucho cuidado a la forma, y creo que tiene razón. Dice: “lo que usted tiene que hacer es una cosa supremamente cargada de información, pero que sea importante, que sea tanta que lo que importe sea la cantidad. Cuando usted informa muchísimo, que cada párrafo diga algo, traiga un dato, usted va a encontrar rápidamente una cosa que se llama ‘ritmo’; es lo primero. Segundo, tiene mucho para descartar. Entonces, está botando subtemas y no está relleno por relleno” ...

— *Ahora, ¿esa información tiene que ser real o puede entrar la ficción? Porque una cosa que encontramos en sus libros es precisamente eso. Cuando hay un muerto, uno sabe que lo mataron de verdad y que se trata de esa persona, uno siente la sangre. No es como en la película de televisión, donde uno sabe que se trata de un actor. Aquí se está leyendo la realidad...*

— Bueno, cuando yo digo que soy un “cargaladrillos”, o que soy reportero, que siento mucho orgullo, es por esto, porque me parece que se trata de jugar a la realidad. El gran desafío es que todo sea real. Ahí está la maravilla de esto. Es no sentarse a imaginarse nada. Eso es lo bello. Entonces se vuelve obsesivo a morir. Tiene que ser todo, hasta el color de un botón...

— *Entonces Germán Castro nunca va a escribir ficción...*

— No. ¡Si lo que hago es superior a la ficción! En cuanto a imaginación, en cuanto a solvencia, en cuanto a situaciones. Entonces me devuelvo, cuando ya creo que terminé, me devuelvo por más detalles.

— *Siguiendo con esa idea, hablemos de su último libro, el Cachalandrán amarillo.*

— Agarremos el *Cachalandrán amarillo*, como ejemplo de jugar a la verdad. El *Cachalandrán amarillo* ya es reportaje. Todo metodología de reportaje. Son cuentos populares en los que ya me tomé algunas pequeñas libertades. La gente narró y yo arreglé. Pero, además de arreglar, enriquecí muchísimo.

— Y vamos a tomar el primer relato: se llama *La Madre Monte*. Es una de los dos millones de versiones de la Madre Monte. La leyenda existe en todas las zonas de colonización, porque la Madre Monte es la que defiende los montes y las aguas y le quita las herramientas y pierde al que entra en el bosque.

El argumento es muy corto. Me lo dio el maestro Villamil. Me dijo: “Yo era médico y subíamos por un filo, ocho días subiendo la cordillera, hacia el Alto Pato, y en ese viaje íbamos tantas mulas y tantas personas. Estas personas se dividían entre tantos colonos que iban a buscar tierras, tres guerrilleros de los

del año cincuenta, y yo. Y un colono era recién casado...”. Y siguió el cuento. Luego me dijo que una noche dejaron las mulas y los caballos y que oyeron un ruido y un tipo se puso a contar el cuento de la Madre Monte.

En primer lugar, la versión de Villamil es: gente del sur del Huila. El cuento que contó uno de los colonos se refería a dos buscadores de quina del sur del Huila que pasaron al Caquetá. Entonces, ahí viene ya la enriquecida. Primero, como era gente del sur del Huila, me fui para el sur del Huila: Pitalito.

Entonces: nombres de los veintisiete que iban. Del libro de Guzmán Campos saqué los nombres de tres guerrilleros del sur del Huila que existieron de verdad. No los saqué de Antioquia, ni los saqué del Llano, ni los apodos iban a ser diferentes. El se acordaba de uno, de “Pateperro”, pero los otros dos los saqué del libro. ¿Cómo se iban a llamar los demás? Me fui a la casa cural, libro de bautismos de 1907, que era más o menos la época en que debían de haber nacido. Cogí, digamos, veinte nombres y veinte apellidos diferentes y los crucé. Pero todos son, como Papamija, gentes del sur del Huila. Me dijo que la Madre Monte se apareció cuando ellos empezaron a hacer café. Entonces les pregunté a las gentes del sur del Huila cómo hacen los colonos el café. Me dijeron: lo hacen así. Y se llama café cerrero. Le puse el nombre, y aprendí cómo se hace el café allá. Ellos estaban haciendo el “mote” y un poquito de café. Entonces, ¿cómo se hace el “mote”? Me fui adonde unas señoras campesinas que me dijeron: mire, el “mote”, ¿cómo lo quiere? Les dije: no, díganme cómo se hace cuando uno va al campo, y dijeron: ¡ah! se le demora seis horas. Eran muy importantes las seis horas o el tiempo de la sopa, porque era el tiempo que yo tenía que manejar para saber a qué horas aparecía y a qué horas se iba la Madre Monte. Eso era importantísimo. No me podía inventar yo que el “mote” se hace en media hora; eran seis horas y se le cambia de agua tantas veces a la sopa. ¿Por qué? Porque en la segunda vez que fue a cambiarle agua este hombre, a traer agua para la sopa, porque se había ido evaporando, esa segunda vez encontró la quebrada crecida. Era que había presencia de un espíritu en el nacimiento de la quebrada. Y no había llovido. Era importante saber el tiempo del “mote”. Entonces le pregunté a la gente: ¿quiénes toman “mote”? Pues, desde luego, todos los huilenses, pero, en especial, me dijeron, el “mote” es la sopa de los hombres. Esa es la que toman los arrieros, los colonos y los peones. Eso es literatura.

— *Entonces hay mucha ficción de por medio...*

— Pero salida de la realidad. Es que la ficción está en la gran imaginación para planificar el trabajo de campo y para preguntar en ese trabajo de campo. Pero fíjate que sí es literario. “Es la sopa de los hombres”. Eso me lo dijo la gente. Está ahí, en lo popular. Luego, cómo se hacen los tambos; bueno, yo hubiera puesto una choza. El que iba a coger la quina, pues hace una casita ahí, un cambuche. Pero no, allá le dicen “tambo”, entonces figura “tambo”. Si lo hago desde mi escritorio me invento que es choza. Y si lo hago desde mi escritorio pongo que ellos durmieron en el suelo. Pues no duermen en el suelo, duermen en el zarzo. Porque en el suelo pasan las culebras.

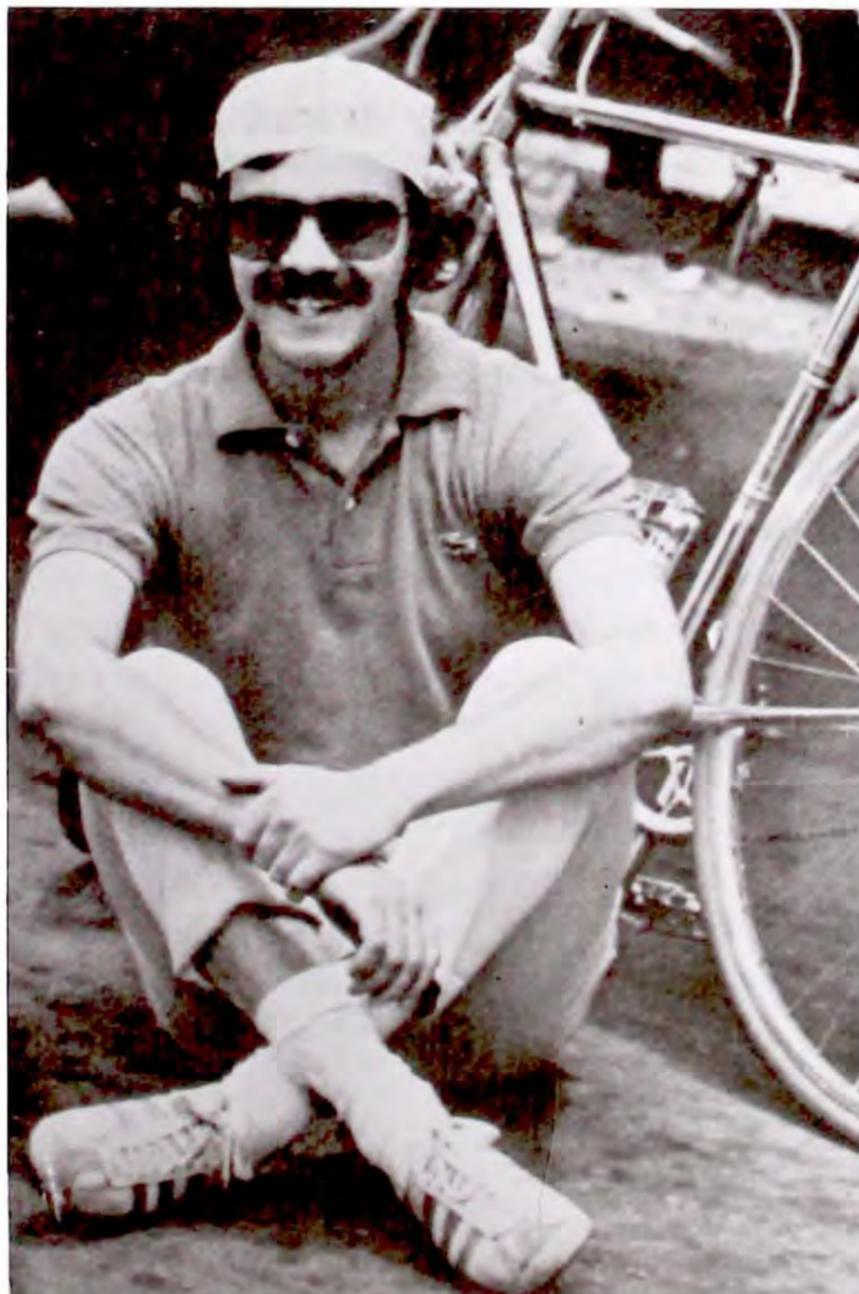
— *El libro se abre con unos cuentos de los huitotos. El lector de la primera edición parece despistarse un tanto sin saber de qué clase de libro se trata. Quizás hizo falta un prólogo...*

— La segunda edición del *Cachalandrán* trae ese prólogo.

— *¿Y el cuento que da nombre al libro?*

— El cuento del Cachalandrán amarillo, ese tiene otra cosa. El narrador es desbordante, es un narrador costeño. Allí usa mucho el lenguaje de Quevedo. En general en la costa, el campesino, a veces cree uno que está oyendo a Quevedo, por algunas cosas; cree que está leyendo otra vez a Cervantes. Y Moisés Perea es un narrador que no se ha leído más que una cosa en su vida: un pedazo del Quijote, no ha leído más.

El narrador es otra cosa, él es un genio como narrador, como juglar. Es un juglar desbordante. El cuenta un cuento hoy y se le olvida y mañana no te lo cuenta. Hoy se cae una señora, pisa una cáscara y le saca el cuento y al otro día no se acuerda porque al otro día pasa otra cosa y hace otro cuento. Como Moisés da la pauta de hablar así, entonces me agarré a Quevedo, otra vez me leí un librito de Quevedo, *El buscón*, que es el más representativo y el que tenía más a la mano, y me agarré un poquito del Quijote. Y entonces le enriquecí ese castellano arcaico. Es que la pauta de él es el castellano arcaico, bien hablado. Cuando el tipo se va al fondo de las aguas a buscar una ciudad perdida, lo primero que hace Moisés es decir exactamente: “se proveyó de una escopeta de...”. Se proveyó, eso es muy bello. Entonces le metí mucho castellano arcaico, porque lo que yo le entendía cuando oía todo ese cuento, cuando oía ese castellano tan bello, es que por qué diablos estamos nosotros en periodismo reduciéndonos cada día a mil palabras comerciales. “No, es que en el castellano ustedes tienen que hablar con dos mil palabras, muchachos, porque hay que ser directos...”. Eso es copiado de los Estados Unidos, me parece. Nuestro castellano es otra cosa. En la parte comercial, las cartas no se pueden salir de tantas palabras. ¡Cuando tenemos una cosa tan grandiosa! Entonces



*Paralela a la vuelta a Colombia se realizó una carrera ciclistica de periodistas, 1967, en Medellín.*

dije: esto es una protesta contra esa estupidez. Pero además es mostrar lo rico y lo bello que es el castellano. Entonces me volqué en ello. Eso en cuanto a idioma. El libro tiene una frase puesta por mí, por ejemplo, al terminar un cuento del señor de Boyacá, Bonilla, quien también habla castellano arcaico. Ahí también lo enriquecí. Una frase que dice: “no tomo pesadumbre por nadie”...

— *El profesor López de Mesa decía que en los campos de Boyacá todavía se oyen los romances españoles del siglo XV que son conocidos por los campesinos.*

— Pero es que el profesor López de Mesa no fue a la costa, porque el lenguaje es todavía más rico en la costa. Hablan mejor castellano. Construyen. Moisés es de Valledupar. A este tipo le puse que, a pesar de que le hicieron una marranada, él “no tomó pesadumbre por nadie”; eso es mío, pero es que él ya me había dicho que había enterrado tres ajorcas de plata, por ejemplo.

El vallenato dice otras cosas: “cuando salido el sol”; a las seis y media de la tarde le dicen “la prima noche”; luego es una pauta que me daban para enriquecer más ese castellano arcaico, protestar un poco contra este reducirnos en un idioma. Ahí empecé a hacer una forma bella, la forma que descuidaba siempre, pero a base de tomar las pautas que me daba la gente.

— *¿Y esa era una tentación que usted tenía hacía tiempo? De esas licencias.*

— Hacía tiempo. Pero no me las había dado porque era reportaje. Pero ya en el *Cachalandrán*, que es cuento, suelto amarras y subo áncoras y me voy... ¡a todo trapo...! Entonces en el *Cachalandrán* es lo primero el castellano arcaico, pero siguiendo una pauta que me dio Moisés Perea, un gran narrador.

En segundo lugar, el señor Moisés Perea de golpe me dice que el hombre que hizo el *Cachalandrán* fue a una ferretería a que le regalaran cosas, y echa la historia de la ferretería y dice que los elementos de esa ferretería los trajo un europeo que vino a bordo de un buque que traía un poco de cosas inservibles y con eso puso su negocio. Entonces me dice que para buscar elementos para hacer el *Cachalandrán*, que es una balsa —cuenta la historia de la ferretería y de lo que vendían—, dice que en ese buque de guerra venían cantidades de clavos. ¿Entonces, yo qué hice? Cogí clavos y les puse los nombres: clavos de cabeza cuadrada, redonda, de rosca, de vidriero, de tapicero, de albañil, de punta de París, de alpinista, de corona, de botón en alas de mosca, de alcayata, de herradura... Eso lo hice yo. Luego él me dijo de los nudos. Me dijo: “Y se amarró todo el cargamento”. ¿Entonces qué cogí? Hombre, un libro donde te hablaba de los nudos de los marineros y le puse qué nudos aprendió a hacer. Ahí están los nudos. Los tomé de un librito que me había regalado la Armada Nacional. Entonces puse los que sonaban más bonito: nudo moreno, nudo de puerco, de media piña, de bolina doble, de bolso por seno, de vuelta de ballestrinque, de falcaceadura, de gola de raya, de boca de lobo y de bolso por chicote...

— *Pura trampa garciamarquiana.*

— Los que sonaban. Así fui enriqueciendo. Bueno, ahora, otra cosa que hice. Yo había tomado los cuentos y volví, por segunda vez, a darles un repaso. Una vez escritos, volví a las regiones. Transcrito lo que me habían contado, les puse

la parte de investigación e hice un tercer viaje. El de la Madre Monte me lo contaron hacia el año sesenta y ocho. Primero fui a averiguar lo que les conté de la sopa de “mote” y luego fui a averiguar lo de los nombres en la casa cural. Lo escribí, pero una vez lo leí, le encontré todavía necesidades. El mes de agosto me fui al tercer viaje, último repaso, finalización del maquillaje.

— *¿Por qué en agosto?*

— *¿Qué pasó?* Que todos los cuentos se dieron en agosto, porque fue el último viaje, el último retoque, y porque en agosto ya les vi una necesidad más: la de la flora, y en agosto está el país florecido, entonces está florecido el libro. Si hubiera ido en octubre, tal vez no estaba florecido.

— *Dice usted que los primeros cuentos del Cachalandrán se los contaron en el año sesenta y ocho; ¿desde entonces los guarda?*

— Sí. Desde entonces hago lo siguiente. Cuando voy a trabajar reportaje voy a una región. En cualquier momento de ese reportaje, generalmente por las noches, se encuentra uno con un estupendo narrador.

— *¿Siempre con grabadora en mano?*

— Sí, claro, siempre. Sólo con los indígenas no. Eso tiene que ser a mano. Porque al indígena le puede uno grabar treinta días y no saca ni una línea. Primero, porque el castellano no lo maneja bien. Segundo, porque habla en sentido figurado. Tercero, porque por cultura no tiene la misma codificación de las cosas que tiene uno. Y es muy difícil hablar con ellos. Uno, para hablar con un alemán, con un norteamericano, coge una cartilla con la lección

*Germán Castro con el indígena muinane, Pablo Firitek, en el Araracuara, 1968.*



“Aeropuerto”, con la lección “Hotel”, pero con el indígena no hay cartillas que tengan trampa de pescar, que es a través de lo cual se llega al idioma y a la cultura; además es su mentalidad.

Les decía entonces que empecé a recoger historias. Y cuando encontraba un estupendo narrador, le grababa. ¿Para mí, qué es un estupendo narrador? Una persona que en su narración incluya, primero, un lenguaje regional muy auténtico, que deje ver algo de su comida, que deje ver algo de la flora que hay en su medio; y que ponga a los personajes frente a situaciones como el dolor, como el honor, como la muerte, o sea que me deje ver qué hay en cuanto al culto a la muerte se refiere.

— *La verdadera tradición popular sería esa forma, ¿no? Sería el trasfondo, no importa tanto la historia en sí misma, porque él puede inventársela.*

— Sí, él se la puede inventar, claro.

— *Lo que hace Moisés, por ejemplo.*

— Es eso. Para mí el cuento popular, y me imagino que es como tiene que ser, es aquel en el que aflora la cultura, en el que aflora el medio.

— *Además, es de suponer que no hay campesino que no añada de su propia cosecha algo a cada historia...*

— Desde luego. Eso es lo lógico. Pero en el que esté esa parte cultural, que luego ya voy yo y exprimo más. Ya miro la flora, y miro cuándo florece, cuándo no florece, la sopa y todo lo demás. Entonces ya hay metodología ahí. ¿Cómo voy a enriquecer a ese campesino? Pues me meto a la cocina. En la cocina está la comida; después del lenguaje, segunda manifestación cultural enorme. Y si están haciendo papas, y yo no las conozco, pregunto qué es eso. Papa. ¿Dónde se cultiva? Mire, allí. Voy allá. Y cómo se prepara la tierra. Con qué se prepara la tierra. De dónde se saca el abono. ¿Cuándo se coge? Ah no, es que todos venimos con un calabazo de guarapo. Y ahí va saliendo, detrás de esa papa, ¡todo ese mundo! Eso tal vez sea un poquito de metodología de antropología, puede ser, ¿no? Pero una papa entre una olla de una cocina me puede llevar muy lejos. Me lleva a encontrar que el guarapo es una comunión. En torno del calabazo están todos.

— *Algo que comentábamos en alguna oportunidad. El periodista tiene que ir a los sitios donde transcurren las acciones...*

— ... y debe hacer las entrevistas en el sitio, porque no es lo mismo entrevistar a Pablo Escobar en Bogotá, en un hotel, que entrevistarlo allá en su cabaña o en su buque, pero además hay que estar junto a él mínimo veinticuatro horas. Trato de estar veinticuatro horas, o mínimo doce horas. ¿saben por qué?, porque tengo que ver un amanecer y un anochecer en ese sitio...

— *¿Por qué la persona que escribe, el reportero, debe ver un amanecer y un anochecer?*

— Lo había descubierto cuando hice unos reportajes en inquilinatos, para El Tiempo, aquí en Bogotá, donde, no sé por qué, fui y me quedé en un inquilinato toda la noche. Llegué a las cinco de la tarde y me salí a las diez de la

mañana. Y después lo repetí en Buenaventura. Eso fue en la parte baja, que está sobre horcones en el mar.

El anochecer... ahí pasan cosas bien importantes. Hablemos del amanecer primero. Es enfrentarse a un día, el ser humano, en su medio, y es enfrentarse a una lucha terrible, y es enfrentarse a una agonía, a la lucha por comer. Entonces hay mucha angustia. Descubrí que había mucha angustia. Y que había alaridos y que se les pegaba mucho a los niños... y que había peleas... estoy poniendo un ejemplo tal vez muy terrible.

El anochecer no. Al anochecer ya no se peleaba tanto —bueno, salvo a la madrugada, cuando venía el tipo borracho a pegarle a la mujer—, el anochecer era muy tranquilo, tanto en estos barrios como en el inquilinato. Tal vez se enfrentaban a la noche y se enfrentaban en su cabeza al reposo y bajaba el conflicto y había más tranquilidad. Bien diferente... Y luego ya lo que pasa en la noche: el sonido del mar, los cangrejos subiendo por los horcones de madera sobre los que están las casas, los niños haciendo juegos, ya en el atardecer, las cacerías de cangrejos, haciendo tiros de diez cangrejos con un hilo y atrás un carrito, eso sucedía hacia las cinco, y allá en el inquilinato eran las ratas, empezaban a salir por la noche, los ruidos de la noche y todo eso. Entonces, hay que ir. Yo protesto mucho porque hay que ir. Estarse ahí metidos. Que se me vuelva literatura, bueno, es posible; yo creo que se me vuelve vivencia. Puede ser literatura. Pero de lo que soy consciente es de que no estoy buscando la literatura, sino que estoy buscando, cada día, el periodismo mejor hecho, y he llegado a lo que estoy llamando el “periodismo desbordado”. Eso es, no es otra cosa.

— *¿Cuál cree usted que es el lugar más hermoso de Colombia?*

— Para mí, la selva. La selva, porque para mí es una regresión infantil, la literatura... me marcó de niño.

*Un descanso, Capanaparo (Llanos Orientales). Germán Castro viajó en varias oportunidades para realizar su investigación sobre la matanza de indios cuibas en la Rubiera. Aquí con Pablo Canai, indígena araucano, 1968.*



— *¿Cómo es eso?*

— Yo he contado esa anécdota un par de veces. Había en mi pueblo una quinta muy bella. Debía de tener unos ochenta metros de fondo, con unas rejas de hierro, muy francesa, neoclásica, y a la entrada había unos árboles gigantes, caucho sabanero, que es un árbol precioso. Doble entrada; los árboles cubrían todo eso, o sea una bóveda, el jardín... Al fondo, la quinta. Y yo pasaba con mi mamá. Ahí generalmente no estaban. Eran el doctor Cárdenas y su hija, Elvirita. Villa Elvira se llamaba la quinta. Pasábamos a hacer otra cosa con mi mamá y yo me agarraba de la reja, a los cinco años, y miraba eso. El verde, el color de la luz de ese bosque era un color verdoso, tamizado, una luz tamizada especial, muy suave, y nunca creo que pude entrar, porque cuando iba mi mamá a hacer visita allá, iba sin niños. Entonces yo no sé si eso fue un desafío... En primer lugar me apasionó el bosque, y me paraba porque me apasionaba, pero era la soledad y era una cosa inmensa para mí, en la que yo podía estar solo, y yo era el dueño de esa inmensidad, y se me volvió una idea fija. Y cuando entré a La República, a los dos meses hice mi primer viaje, primero, porque yo creía que el periodismo había que hacerlo *in situ* y luego, ¿a dónde me inventé el primer tema?, pues a Leticia. No me dieron para ir; entonces hablé con el gerente de Satena, me conseguí los pasajes. Me acuerdo que llegué a Leticia en ese momento, año sesenta y seis; había selva a tres cuadras de la plaza, bosque. Me bajé del avión, dejamos en un hotel los maletines, y a buscar la selva. Cuando di los tres primeros pasos adentro sentí la sensación de que había pasado la reja de aquel jardín.

— *Un muro al otro lado de la realidad...*

— Claro. Y en ese momento era dueño de ese jardín, y siempre que entro a la selva, paso la reja.

— *¿Por qué no hablamos ahora un poco del libro que está preparando sobre piratas?*

— Hace catorce años me contaron cuatro historias de piratas. Me contaron dos cuentos en Providencia, uno en Buenaventura, un viejo marinero, y otro me lo contó en Cartagena otro viejo marinero. Con argumentos muy cortos y muy secos. Entonces me dije: bueno, voy a hacer un libro de piratas y conquistadores. En primer lugar, tengo que ir a la historia, sin pretender ser historiador, pero para darle sentido a esos cuentos. Nunca lo había hecho. Entonces, desde luego, leí los tres tomos de fray Bartolomé de las Casas y saqué de ahí cuatro historias, cuatro cuentos que voy a meter. Uno que siempre me apasionó: ¿Cómo fue el descubrimiento del océano Pacífico? Porque eso para mí no lo descubrió Balboa, eso lo descubrieron los indios. Entonces me leí cómo fue el descubrimiento del océano Pacífico, según fray Bartolomé. No fue un perro, Leoncico; fueron cerca de cien perros que se tragaron a más de cuarenta indios, los destriparon, los despanzurraron. Entonces tengo ese soporte histórico ya acerca de todo lo que pasó ahí, sin hacer alarde de historiador.

Eso en cuanto hace al Darién. Punto uno. Océano Pacífico y como prolongación del Darién... Yo había leído los libros de Exquemelín. Exquemelín es un tipo que fue pirata, que salió de un puerto europeo, lo engañaron, como era costumbre, lo metieron en buque para traerlo al Caribe y le dijeron: usted sí va para el Caribe, pero va como esclavo, tiene dueño. Eso era lógico. Pero

Exquemelín volvió y escribió el mejor libro que se ha hecho sobre piratas. Porque estuvo metido allá. ¿Exquemelín qué tiene del Darién? La toma que hizo Morgan de Panamá; es una cosa increíble, la aventura más increíble del mundo. Pero si yo le pongo un poquito de imaginación y veo bien entre líneas he ahí un paralelo histórico enorme con la toma de los *marines*. ¿Cierto?

— *¿Qué más leyó o leerá como apoyo bibliográfico?*

— Tengo varios libros. Me leí el de un cubano, Abella, que es muy bueno; me leí lo de Exquemelín, de doña Soledad Acosta de Samper, de Juan de Castellanos, algo de Drake. No hay mucho. Viajaré a Riohacha y a la costa de las perlas...

— *Había muchísimas perlas en la Guajira...*

— Sí. Y ahí morían los indios buceando para los españoles...

— *¿El de Espinosa, La tejedora de coronas?*

— No, no he querido. Porque de golpe el inconsciente me engancha por allá una frase, me engancha una figura y sin darme cuenta la pongo. Resulta que fue que el inconsciente se la robó.

Desde luego tengo lo de León Portilla, *La visión de los vencidos*; tengo lo de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, la parte del desierto de Texas y lo del Río de la Plata; don Diego Colón, los comentarios, más la bitácora de Cristóbal Colón. Me leí, desde luego, la biografía del papa Alejandro Sexto, Borgia, porque fue Su Santidad el que dijo quiénes se podían repartir esto, que eran España y Portugal. Encontré las aficiones de Su Santidad. Por ejemplo, el homosexualismo, las relaciones con su propia hija... Encontré qué cosa tan terrible fue 1492 para nosotros: primero el desembarco y la invasión y luego viene Su Santidad. Y encontré unas historias, notas sueltas sobre un tipo que se llamaba Nicolás Bono de Quejo, quien antes de violar a una india o a un indio, porque le encantaba de ambos, los bautizaba para no cometer pecado mortal. El

*En 1970 recibe el Premio Nacional de Periodismo "Hernando Caicedo" en Cali.*



pecado mortal era cohabitar, compartir el lecho con un impío. Entonces encontré la línea directa que conducía de la moral de Su Santidad a sus súbditos. Pero también encontré curas extraordinarios, como los que murieron en Maracaibo, unos curas que murieron como rehenes de los indios. Mandaron tres misioneros a Maracaibo y los dejaron allá. Un año, no sé. Y estando allá los misioneros, pasaron unos españoles y se robaron veinte indios con sus indias y se los llevaron. Entonces los llamaron los indios y les dijeron: vayan ustedes a donde están —se los habían traído para La Española—, y soltaron a uno de los tres y le dijeron: dígales que si no nos devuelven a los indios matamos a los dos que quedan aquí. Y los mataron. Esas retenciones las habían aprendido los indios de los españoles. El primer secuestro lo cometió el “Almirante de la Mar Océana y Visorey de Tierra Firme”, don Cristóbal Colón, el día 14 de octubre de 1492, dos días después de habernos invadido. Amarró a nueve indígenas y los metió en la bodega de un buque. Nació América y en ese momento nació América al código penal. Amaneció con secuestro.

Bueno, tenía las cuatro historias iniciales. Entonces dije: le voy a mezclar piratas y pacificadores, como se llamaban ellos. Entonces era un cuento de pirata, uno de pacificador. No limitándome a épocas, porque unos son del siglo XVI, otros del XVII. Son cuentos pero van a ser transcripciones también. Son cuentos encontrados en libros y arreglados o enriquecidos un poco por mí. Entre otras cosas, la historia es muy triste, porque es la historia que no me enseñaron cuando niño, y se lo voy a dedicar a los profesores colombianos, a los maestros.

Escogí primero el Darién, el descubrimiento del océano Pacífico y la toma de Morgan de Panamá, eso está muy cerca del Darién. El otro que tengo es la toma de Maracaibo que hizo el Olonés. Luego tengo Cartagena, centrado en Drake y en el primer ataque de franceses y tengo otro sitio muy importante, que es La Española. En La Española, en La Española pura, dominicana, hay historias de los conquistadores, de toda la expoliación del indígena, y en lo que es Haití hoy, en el norte, está la isla de La Tortuga, donde se escondían, y en el sur la isla de la Vaca, desde donde partían para sus operativos. Parece que son estos sitios, básicamente.

Lo primero que tengo son los sitios. Quiere decir que voy a ir a esos sitios. Al Darién no, porque me lo conozco de memoria, he sido siete veces, pero sí voy a buscar unos biólogos que me cuenten del régimen de lluvias, de la vida de pantano... Una vez que tengo los sitios hay que ir a ellos.

Prosigamos con la metodología. Una vez que me he puesto a leer todo esto, voy a Providencia. Ya se murió el viejo que me contó las historias, pero allá hay una historiadora muy famosa que me va a contar la historia de Providencia en torno a los piratas, pero yo sé como me la va a contar, como una señora de allá, no como un historiador académico. Me la va a contar metiéndole la comida, los sitios, los nombres de las playas, todo aquello que ya me saca de lo frío y esquemático del gran historiador académico y me pone en el cuento popular.

En Providencia voy a mirar cómo se pesca y voy a salir a pescar con unas personas, y cómo se come, y voy a recorrer un poco los bosques y voy a recorrer el nombre exacto de las palmeras, de las flores, de todo lo que había ahí. Y lo que hablábamos: voy a ver el amanecer y el atardecer. Todo eso se lo

voy a colgar a esa parte que tenga de Providencia. Pero es que, Además, después de Providencia corto el trabajo y me embarco en el buque escuela Gloria el día 18 de julio, en Hamilton, en las Bermudas, si Dios quiere y no tengo trabajo, y me vengo haciendo lo que se llama la "vía del austro": entro norte-sur al Caribe. En el Gloria la Armada me dio el *chance* de hacer un crucero de cinco o cuatro meses, cuando hacen un semestre los grumetes; entonces voy a aprovechar y voy a aprender, especializado en la ruta que voy a seguir, estrellas, bajar estrellas, corrientes marinas, velas y vientos, rumbos; *derrota* se llama eso, hacer el curso... ¿Para qué? ¿Para metérselo a las historias de los piratas. Pero además, cuando llegue de este viaje, me voy a volver a Cartagena cuatro días, y unos dos días estaré en el Instituto Punta Betín, de Santa Marta, donde están los alemanes, porque en Cartagena la Armada tiene su Instituto Oceanográfico y saben qué hay debajo del Caribe y ahí voy a preguntar mucho de qué hay debajo, para sacar costumbres de debajo del mar, porque eso ya es magia, y describir lo que había; y en Punta Betín, etología, costumbres de muchos animales del mar, de la fauna, porque eso es mágico, y lo voy a meter también, porque vi en el diario de Cristóbal Colón que él sabía que estaba acercándose a tierra, y a más o menos a cuánto estaba cuando vio que voló un pájaro sobre su buque y él sabía que ese pájaro no dormía en la mar sino que iba y venía pero vio otro pájaro más adelante y también confrontó distancia con tierra porque dijo: ese pájaro sí duerme en un islote. Eso hay que desentrañarlo con base en los científicos, con base en toda esa gente.

Ahora bien. Estoy haciendo gestiones y estoy casi seguro que me pueda embarcar en el buque escuela de la Armada Venezolana, que es el Simón Bolívar, para entrar a Maracaibo; tengo la descripción del puerto ya bastante adelantada, con todas sus trampas, para imponerle ya no velas, ya sabré algo de velas y de vientos, sino para vivir un poquito de qué modo entró el Olonés.

Más o menos sé donde se inventaron los buques-bomba. Fue en Maracaibo. Allá cargaron un buque con pólvora, le pusieron en la borda las monteras de los piratas, enarbolaron el estandarte de paz y se lo mandaron a unos buques españoles y estalló y los destrozó a todos. En realidad no lo inventaron ellos,

*Recibe, en Venezuela, el Premio SIP Mergenthaler (Sociedad Internacional de América) de manos del presidente Caldera, 1974.*



pero ahí usaron por vez primera lo que se llama un brulote, el buque de fuego, o sea el buque-bomba. Fíjense que es lo mismo de hoy, es la misma cosa. Ahí voy a ver lo que fue entrar a Maracaibo.

Y la salida de Sanlúcar de Barrameda de los buques que venían para acá, y que es el puerto exterior de Sevilla. Prácticamente estoy ya autorizado a hacerla en el Juan Sebastián Elcano, buque escuela de la Real Armada Española. Ahí me embarcaré en abril.

Me voy a concentrar en Sanlúcar, y sobre todo en el Guadalquivir. Conozco algo del Guadalquivir, porque de allá, como vienen la mayoría de los navegantes, hay que pegar unos plumazos de lo que fue el Guadalquivir, lo que fue ese horror, lo que era embarcarse, que había que darle plata a todo el mundo, y el dictador era el desgraciado que dejaba embarcar o no dejaba embarcar, y plata por debajo, y atiéndalo y tal, que es como ir hoy a la Administración de Impuestos Nacionales o como ir a Circulación y Tránsito a sacar un pase. Ahí está toda la corrupción espoleándolo a uno. El factor histórico que hay. Y de dónde nos vino todo eso.

Me voy a centrar en Andalucía, porque además lo quiero, tengo amigos. No será demasiado, pero tengo que tener ese sabor. Eso voy a hacer en navegación. No sé si pueda mirar algunas cárceles españolas, no he pensado ahora, pero me hubiera gustado ir a algunas de las cárceles de donde sacaron parte de las personas que vinieron a América.

Ahí ya me iré para La Española; tengo que ir a mirar la isla de La Tortuga, porque, aun cuando tengo muy buenas descripciones, hay que mirarla, porque el mundo de lo que fueron los bucaneros es apasionante. Conozco a Haití, luego no tengo que ir, aunque de paso estaré allí, y después, en La Española, no solamente iré a ver Santo Domingo, las cosas que hay allí, mirar los impactos de los golpes de cañón que hay desde las tomas de los piratas, hablar con dos historiadores dominicanos, con los que espero que me pase lo que me va a pasar con la señora de Providencia: que dejen el academismo y nos vayamos a ver un atardecer por el Cibao o por cualquier otro lugar, y sé que de ahí me van a salir cosas extraordinarias.

Dos de mis héroes son Anacaona y Caonabo. Hay más, pero las historias de ellos dos son increíbles. A Anacaona la ahorcaron, no la quemaron como a los demás. Belleza altiva, una mujer bellísima y rumbera, extraordinaria en las descripciones que hay, en la que hace, por ejemplo, el padre las Casas, y es que la indígena, que era la reina, bajaba y daba una gran recepción a los españoles y bailaba para ellos. Leyendo al padre las Casas creo sentir el merengue dominicano y a Anacaona dándole a la rumba. Eso tiene que estar ahí, y en lo que yo viva los quince días que esté en República Dominicana, pues creo que Anacaona está presente en gran parte de lo que es la salsa.

Y acerca de Caonabo hay esto. A los indios les gustaba mucho el latón; en cuanto a metales, los metales muy blanditos que traían los españoles les llamaban mucho la atención, porque eran muy dúctiles, muy maleables, y eran mejores tal vez que el oro para hacer cositas. Los españoles tuvieron noticia de que el más altivo, el más duro de todos los reyes que había allá era Caonabo, y no habían podido agarrarlo. Entonces le mandaron unos grilletes y unas cadenas de regalo, que aquí le traían el latón más bello y le dijeron: “muestre la manito, muestre la otra manita, y muestre la patica...”, y lo amarraron, lo

encadenaron, lo tuvieron tres años en una jaula no solamente castigándolo sino trayendo a su pueblo a que lo mirara entre hierros, y un día dijeron: lo vamos a mandar a Castilla para ser juzgado, y lo metieron a una bodega de un buque y esa noche, víspera de zarpar, o una de las noches anteriores, hubo una tempestad impresionante, rompió totalmente el buque y lo destrozó y murieron todos los que estaban a bordo. Yo había leído la historia de Caonabo y dije: Esto es muy importante, esto es la extradición, ni más ni menos, “vamos a juzgarlo en Castilla”. ¿De qué se le acusaba? Había habido una matanza por ahí cerca, en el reino de él, que se llamaba Xaraguá; entonces, para castigarlo, creo yo, no sé si estoy desenfocado o no, pero la idea es que se lo iban a llevar para juzgarlo por otros crímenes; entonces pensé que hay una cosa increíble y que me ha taladrado y que me salió a flote con la historia de Caonabo y es que cuando se lo llevan a uno de su patria hay un drama espantoso —a mí me tocó irme una vez de Colombia durante once meses—, que es el desarraigo. Mi problema era cómo sacar lo del desarraigo para metérselo a Caonabo, y tuve la suerte de que a los tres o cuatro días salió en la prensa que un señor de apellido Cuevas que fue extraditado a los Estados Unidos resultó libre y lo devolvieron, y me levanté el teléfono de Cuevas en Cartagena, y allá me dieron el de un amigo suyo en Queens, y llamé al amigo de Nueva York; total, estuve al tanto, porque se trataba de hablar con Cuevas pero en el momento mismo de bajarse del avión. Al otro día no me servía mucho Cuevas, porque ya había hecho su “catarsis”, ya había evacuado y ya no iba a ser el mismo Cuevas del momento de bajarse aquí, y entonces lo agarré en el momento de bajarse con toda su “catarsis”, y me contó todo lo que sintió durante el vuelo y durante la prisión aquí y durante el encadenamiento allá, porque no le pusieron cadenas sino que se las clavaron, y miren lo que es la suerte increíble, ahí voy a meterme ya con la ficción: hablando con Cuevas le pregunté: ¿usted qué pensó en ese vuelo de seis o siete horas? Me contó todo y en un momento dado me dijo: “durante la última hora me concentré y recé para que el avión se cayera, porque me esperaban ciento veinte años de cárcel”. Me trabajó la imaginación y me dije: ¡claro!, los dioses le escucharon más a Caonabo, porque a él sí le rompieron la nave, y a éste no, y eso lo voy a poner así... Eso ya es invención mía, pero fíjense que todo parte de un trabajo de campo, porque no creo tener yo muchas alas para sentarme a imaginar eso, pero sí lo elaboro, sí lo tomo de la realidad,

*Una tienda en la Hacienda de Ernesto González Piedrahíta “Las Mercedes”.*



porque Dios no me dio las cualidades del novelista ni me dio el desarrollo sensorial para ser artista, pero sí me dio algo que se llama reportería y trabajo de campo.

Pero esta historia continúa. Le voy a agregar brujería, le voy a meter magia, toda la magia del Caribe, más la magia española que del Mediterráneo nos llegó, más algo indígena. Simón González va a ser el punto de partida. Tengo tres parapsicólogos amigos, serios, que me van a contar cosas. Se las voy a colgar a esta historia. Esto de Caonabo ya nos muestra magia. Iré a la Guajira en busca de tres brujos. Ya tengo descripciones y he entrado a ver baños, ensellamientos de ombligo, amurallamientos de cuerpo...

Además de toda la cuestión náutica o de derrotas, voy a buscar a una amiga entrañable que hace el tarot, para que me cuente cuentos de esas estrellas y de esos astros y también los voy a meter en esa olla y voy a rebullir a ver qué sale.

— *¿Se le empiezan a confundir las historias claras en un momento?*

— Yo no soy historiador. Empiezo a confundirlas. Es una olla a la que le voy metiendo cosas, y rebullo. En esa coctelera debe salir un coctel bueno.

En Cartagena voy a buscar historiadores, pero básicamente voy a pedir el favor al doctor Rodolfo Segovia, uno de los dos hombres que saben más de galeones en el mundo; también en el Museo del Caribe, en Cartagena, hay un almirante que sabe todo. Tengo que mirar hasta las balas de ocho libras, de dieciséis, de dos, eran los calibres de las balas de los cañones, miraras, saber cuanto avanza una bala de esas de ocho libras, por ejemplo, con una pieza de bronce de un cañón, porque de golpe digo: “esa calle era tan ancha como un balazo de ocho libras”, como lo dicen ahí. Hay que hablar en lenguas y en muchas medidas distintas...

Finalmente, en cuanto a la metodología, el retrato que trato de hacer siempre es no tanto describiendo a la persona, sino que a lo largo de la entrevista la pongo frente a cosas bien comunes, frente a la muerte, frente al atraco, frente a una flor, frente a un amanecer, frente a un perfume, transcribo esas reacciones frente a eso y pretendo desarrollar los caracteres psicológicos de las personas a través de eso, que es periodístico, y suplanto mucho lo grande del artista, que me parece que es el desarrollo sensorial, que no tengo, y hablando de cuestiones de carpintería, cómo lo reemplazo. En estos relatos, algo hay en el *Cachalandrán*; ahora sí le voy a poner gran énfasis a los olores, voy a averiguar mucho de olores, y meterle olores. Yo no me imagino esa sinfonía, esas cosas del olor, pero le voy a preguntar a los que saben de olores y de aromas. En cuanto a flora, averiguaré con botánicos. Tengo cita con unos químicos de perfumes... Es que el perfume lo encuentra uno refinado en lo que es navegar en una carabela de esas, que en parte es imaginación, pero mucho sacado de libros, noticias sueltas. Imagínese usted un buque que demoraba noventa días en venir. Era muy pequeño, creo que no pasaba de cien toneladas; eran dos buches de agua por persona cada día; qué hacían: o se bañaban o se bebían el agua, y las necesidades desde la borda o donde podían. Entonces llegaban con unos olores impresionantes. Pero además traían animales, no solamente los caballos sino los de comer, el agua se podría, hay que ver la podrida del día veinte en adelante, y además venían animales, porque como no había cuartos refrigerados, traían los de matar por el camino y la sangre quedaba cuando los sacrificaban. ¡A qué podían oler esos buques! Como eran de madera no eran

elásticos y metían todos esos tipos que cobraban su polilla para embarcar; era más importante darles el dinero a ellos en Sevilla que la orden del rey que lo trajera, que es como sacar el pase en Bogotá. Venían con sobrecupo, y le echaban a la gente la carga encima; imagínense a lo que olía!, era pestilente realmente...

En cambio los indígenas se bañaban todos los días y les llamaba la atención el olor de esos bárbaros. Al doctor Rodolfo Segovia, inicialmente, una de las cosas que le iba a preguntar era la vida de a bordo para obtener olores; en el diario de Colón hay mucho de olores, en su bitácora; cuando ya entra a este Caribe, le impresionan esos olores, el olor a perfume de ese mar. Las aguas no eran aguas gruesas, sino delgadas, parecían delgadas por ese color.

En esa llegada a América le voy a meter un poco de ideas robadas de un canto muy lindo que es la llegada de Lévi-Strauss al Brasil la primera vez que viajó allí, en el libro que se llama *Tristes trópicos*, cómo lo impresiona, por ejemplo, encontrar una flora heterogénea. Viene de ver los rodales en Europa, que son unos bosques homogéneos, pero Lévi-Strauss habla mucho del olor, que es el mismo de Colombia; va llegando, va entrando a ese Caribe y empiezan los olores dulces; entonces, también quiero oler eso, y por ello me embarco en el Gloria.

— *¿Cuál considera, entonces, que sea su aporte personal a la literatura histórica?*

— Yo adoro al maestro García Márquez, pero él nos está contando que en el siglo pasado se encuentra una explicación a lo que está pasando hoy. No, ésta se encuentra desde 1492.

— *Pocas personas saben sobre su afición a los toros. ¿Por qué no nos cuentas algo de eso?...*

— Bueno, miren, por eso conozco yo el barrio de Triana, a orillas del Guadalquivir. La primera vez que fui a España, fui a Sevilla, fui a ver a Triana,



*En otro de sus tantos viajes a los Llanos Orientales.*

la tierra del Gallo, la tierra de Belmonte y la tierra de toda una pléyade de toreros.

Alguna vez soñé con ser torero, pero tenía mucho miedo. Junto a Zipaquirá, la vereda se llama "Pasoancho", estaba la maternidad de la finca de Clara Sierra y había dos muchachos de mi pueblo, que se llaman Hernando Amaya y Alfonso Forero y que se metían por la noche a torear ahí en las dehesas. Yo los conocí e iba con ellos y nos metíamos por la noche, pero yo me quedaba encima de la tapia y hacía los reportajes; escribía, reseñaba lo que pasaba, y los bauticé Pepe Ortega y Jumillano Segundo, y llené dos cuadernos de cien hojas que ellos tienen y nunca me quisieron devolver. Luego fui cronista de toros. No volví, porque es una fiesta muy decadente; ahora se lidian novillos pequeños, no hay sensación de peligro. Y creo que superé eso. Pero fui por nueve años corresponsal de la primera revista del mundo, que era *El Ruedo*, de Madrid, a los veintiún años; tuve programa de radio desde cuando estaba en cuarto de bachillerato y lo mantuve hasta que terminé universidad, es decir, segundo año de antropología. Lo de los toros me parece una cosa muy bella y amaba todas las cosas españolas. Leí muchísimo; tal vez empleé demasiado tiempo en leer libros taurinos, desde *Los toros* de José María de Cossio, que es lo elemental, hasta lo grande de Gregorio de Corrochano.

— *Acerca de sus lecturas de formación, ¿qué fue lo primero que leyó...?*

— Lo primero que leí fueron las *Memorias de un asno*; estaba muy pequeño. No le ponían a uno para leer mucho en el colegio y aun en el bachillerato, pero bueno, ya después de tercero de bachillerato empecé a leer *La Celestina* y literatura española del siglo XVI.

Pero me dio mucho por buscar cosas colombianas. De mi caletre el primer libro que dije voy a leer, porque lo escogí, fue un libro que se llama *El diez de febrero*. Tenía dieciséis años. El libro se refiere al atentado que le hicieron a Rafael Reyes en Barrocolorao, donde está hoy la Universidad Javeriana. Hay fotos del fusilamiento de los tipos y de la reconstrucción de los hechos. Por mi afición a la selva llegué a Reyes. Eran tres hermanos; uno de ellos murió devorado por las pirañas. Entonces ya me leí las *Memorias* de él, que tenía a la mano, sus viajes, y de ahí desemboqué a lo que había escrito de la Casa Arana —esto fue cuando estaba en la universidad—, y llegó a mis manos *Toá*, de Uribe Piedrahíta, que es historia de selva, pero me incliné mucho por la historia nuestra. Empecé a leer —desde luego, no había libros muy buenos— lo que había a mano y que me recomendaban los hermanos cristianos de la Salle de Zipaquirá, sobre los presidentes del siglo pasado. Núñez. Tuve la suerte de desmontar un poquito a Miguel Antonio Caro y a Núñez, pues cuando tenía veintidós años empecé a leer un poco y encontré lo que fue la persecución a la libertad de expresión, de Núñez, Caro y Carlos Holguín, y empecé a desmontar los retratos míticos de nuestros grandes presidentes del siglo pasado. Y empecé a encontrarle sabor a cómo ese liberalismo del siglo pasado desmontó el remanente que nos habían dejado la colonia y la conquista.

Hubo mucho tiempo en que leía demasiado del país y poco de literatura. De la guerra de los Mil Días sondeé mucho, sobre Panamá sondeé mucho, y el petróleo... A comienzos de siglo son tres cosas bien importantes que para mí determinan este siglo, están en paralelo: la guerra de los Mil Días, casi simultánea la pérdida de Panamá, y simultáneo con eso el petróleo, la entrega

a Rockefeller, el nacimiento de la Concesión Barco y de la Concesión de Mares. Todo eso está en un triángulo que ha determinado mucho de lo que está pasando hoy, y ahí me metí...

— *¿Es usted liberal?*

— Sí. Soy liberal doctrinario.

— *¿Cómo cree que ha logrado sobrevivir, haciendo el periodismo que ha hecho?*

— Porque he tenido el apoyo de la gente. El doctor Gómez... En El Tiempo, los señores Santos. Tal vez eran muy radicales en esa época. Claro que *Colombia amarga* fue publicado en El Tiempo. Pero es que ya hacía un reportaje de ese tipo de denuncia por cada cinco reinados de turismo que me mandaban a cubrir, y los jueves, cuando no iba don Enrique Santos al periódico, ese día pasaba mi artículo.

Yo espero no haber tomado partido en el periodismo que he hecho. Un ejemplo. He hecho programas de todos los lados. Cuando hice *El Karina* e hice el primer reportaje con Jaime Bateman me dijeron que era del M—19, pero hace poco me censuraron un programa que era con los paramilitares; entonces me dijeron paramilitar, pero también me han dicho que estoy con los narcotraficantes. Yo he estado con toda la gente que ha estado al margen del país. Ahora no saben dónde ubicarme. Creo que he podido sobrevivir porque he estado en el centro, hasta donde es posible.

— *¿No será que este es un país donde todo el mundo vive al margen, como se refleja en El Karina, donde nos damos cuenta de que todo el mundo colabora cuando se trata de hacer algo emocionante y de violar la ley?*

— Para mí *El Karina*, más que un libro de guerrilleros, es una tomadura de pelo increíble, de mucho humor. Es la mejor caricatura del país, su radiografía. Es lo que nos llegó de “allá”, ahora que estoy leyendo lo que era Sevilla... lo que eran La Habana de acá para allá y Sevilla de allá para acá, los dos finales de viaje, porque todo el tráfico de mercancías se centraba en La Habana.

— *¿Cree usted que existe lo que pueda llamarse “el hombre colombiano”?*

— El *Cachalandrán amarillo* es eso en el fondo, en la introducción que faltó, que ahora la tiene la segunda edición. No hay un hombre colombiano, somos cinco o seis hombres, somos cinco o seis países culturales diferentes, seis nacionalidades. El librito pretende, lo digo en la introducción, buscar la tela de la cual está hecho el hombre colombiano, pero somos un retazo. Eso no existe desde el punto de vista étnico, desde el punto de vista de medio ambiente, de todo lo que influye, aunque somos, por fortuna, diferentes al resto de América Latina.

— *¿Se justifican los nacionalismos?*

— Yo creo que sí. También desde ese punto de vista encuentro la explicación que no me daban los viejos liberales en cuanto al federalismo. Ahora me explico mejor y veo la necesidad del federalismo, si lo veo desde el punto de vista cultural.

